

Masculino y Femenino: ¿Qué es?

Fragmento de una Ontología

Leonardo Boff, O.F.M.

Profesor de Teología en Petrópolis, R.J. (Brasil)

Bibliografía referente al tema

F.DUMAS *A dialéctica homem-mulher no mundo atual*, Petrópolis 1968; Y.B. THÔME, *A mulher no mundo de hoje*, Petrópolis 1967; R.M.MURARO, *A mulher na construção do mundo futuro*, Petrópolis 1967; Id. *Libertação sexual da mulher*, Petrópolis 1971; A.DEVAUX, *Teilhard e a vocação da mulher*, Petrópolis 1967; A. NEOTTI, *A mulher no mundo em conflito*, Univ. Estadual de Ponta Grossa, PR 1974; A—M.DOS SANTOS, María en *Quaternio* (Revista del grupo de estudios C.G.Jung) Río de Janeiro, 1973, 49-60; A.JEANNIERE, *Antropología sexual*, S.Paulo (Duas Cidades) 1965, esp. 104-117; *Paz e Terra*, n.5. s.d. todo él dedicado a la sexualidad; M.MEAD, *Macho e Fêmea*, Petrópolis (2a.) 1973; Id. *Sexo e Temperamento em três sociedades primitivas*, Debates, S.Paulo, 1969; M.LEIBL, *Psicología de la Mujer*, B.Aires, 1955, 149-156; D. de ROUGEMONT, *L'amour et l'Occident*, París 1939. *Esprit*, noviembre de 1960, todo él dedicado a la sexualidad; S.BEAUVOIR, *Le deuxième sexe*, I y II, París 1949; F.J.J. BUYTENDIJK, *La Femme*, Ses modes d'être, de paraître, d'exister, Desclée de Brouwer 1967; J-B.V.BIELIAUSKAS, "Aspects psychologiques de la masculinité et de la féminité", en *Mariage et Sacerdoce* (Varios autores), París 1965, 115-134; D.BRAUNSCHWEIG y M.FAIN, *Eros et Antéros*, Reflexiones psicanalíticas sur la sexualité, París 1971; C.VALABREGUE, *La condition masculine*, París 1968; H. DEUTSCH, *La psychologie des femmes*, I y II, París 1949; *Masculin et Féminin*, número 106 de *Lumière et Vie*, 1972; T.LERSCH, *Vom Wesen der Geschlechter*, Munique 1947; L.KLAGES, *Der Geist als Widersacher der Seele*. Leizig 1932, esp. III, 1316ss; G. W. F. HEGEL, *Phänomenologie des Geistes* (Phil. Bibliothek 114), Hamburgo 1952 (BB), *Der Geits*, 318-330; E.NEUMANN, *Die Grosse Mutter*, Der Archetyp des grossen Weiblichen, Zurique, 1956; Id. *Eis Beitrag zur seelischen Entwicklung des Weiblichen*, Ein Kommentar zu Apuleius' Amor und Psyche, Zurique 1952; Id. *Ursprungsgeschichte des Bewusstseins*, Munique 1968, J.J.BACHOFEN, *Mutterrecht und Urreligion*, Stuttgart 1954; C.G.JUNG, *Tipos Psicológicos*, Río de Janeiro (2a.) 1974, esp. 476-481; Id. *Symbole der Wandlung*, Zurique 1952; id. *Mysterium Conjunctionis*. Untersuchungen über Trennung und die Zusammensetzung der seelischen Gegensätze in der Alchemie, Zurique 1968; H.UNTERSTE, *Die Quaternität bei C.G.Jung* (mimeogr.), Zurique 1972, esp. 104-121; 217-244.

I. — La pretensión del pensar ontológico.

Quien pretende hoy en día, en la era de la planetización de la experiencia científica, hacer una reflexión ontológica, se encuentra en el deber de explicar lo que esto significa y de justificar su validez para la comprensión del problema en debate.

El saber científico nos ofrece una infinidad de datos sobre el varón y la mujer en el aspecto de la sicología diferencial, de las ciencias

biomédicas de la antropología cultural y social y de tantos otros campos del conocimiento. Estas informaciones son de extrema importancia porque nos revelan al varón y a la mujer en la concretización histórico cultural, único campo donde de hecho el hombre existe y revela quién es. Sistematizadas críticamente, ellas constituyen el universo de las ciencias humanas.

La reflexión ontológica arranca de la siguiente pregunta: ¿cómo debemos entender el conocimiento sobre el varón y la mujer? ¿Qué revela este saber científico? Respondiendo podemos decir: ello nos demuestra dos modos de existir diferentes del hombre. ¿Qué es el hombre? La pregunta trasciende al especto científico, porque el hombre no es objeto de las ciencias experimentales. La experiencia científica no nos demuestra al hombre, si no siempre al varón y la mujer concretos. El hombre no existe como existe el varón y la mujer. Nadie vió jamás al hombre andar por ahí; lo que camina no es el hombre, sino un varón y una mujer concretos. Y con todo decimos con razón: varón y mujer son dos modos diferentes de realizarse el hombre; el hombre no existe como varón y mujer.

¿Qué es el hombre? Esta pregunta no puede ser respondida con datos científicos, por más minuciosos que sean. Estos serán siempre datos sobre el varón y la mujer en sus variados procesos históricos a lo largo de todo el proceso de hominización. Estos datos revelan mucho de ellos, pero también velan. El logos científico al mismo tiempo que descubre, cubre otras dimensiones, o deja de decirlas. En lo dicho e investigado está siempre lo no dicho y lo ignorado. En otras palabras: ninguna ciencia puede pretender ya investigado y dicho todo lo que se puede investigar y decir del varón y de la mujer. Antes por el contrario: las propias ciencias experimentales se dan cuenta de que el reino de lo desconocido es mucho mayor que el reino de lo conocido; cuanto más conocemos, en lugar de disminuir, aumenta nuestra ignorancia acerca del varón y de la mujer.

¿Qué ser es éste y cómo debemos pensarlo, si él en el fondo, es un misterio cuyo conocimiento es inagotable? Por más que conozcamos al varón y a la mujer, ellos siempre están más allá, desafiando permanentemente la búsqueda y dando cada vez más datos sobre sí mismos. Sería ilusorio pensar que un día la ciencia irá a conocer todos los secretos del varón y de la mujer.

¿Qué es el hombre? A partir de las rápidas reflexiones hechas, podemos responder: no sabemos. Lo que sabemos siempre termina en una apertura permanente; el varón y la mujer no se agotan con la ciencia que de ellos tenemos. Ellos continúan como pregunta e interrogante para el pensamiento. Ellos muestran una trascendencia viva sobre todos los datos científicos; son siempre más de lo que de ellos podemos decir y sistematizar; en su profundidad hay un misterio que siempre se sustrae al conocimiento humano; hay una obscuridad que no se deja

iluminar por las luces del saber científico, pero alimenta continuamente el saber científico.

Cuando decimos *hombre* nos referimos a lo no dicho y al misterio que se muestra en el varón y en la mujer. Hombre es más que el varón o la mujer tomados separadamente. Hombre se concretiza en el varón y en la mujer. Es, pues, una identidad que se da en una diferencia.

Ontología es la reflexión que se ocupa con la pregunta levantada por las ciencias pero que no puede ser, adecuadamente, respondida por las ciencias. La ontología no se ocupa tanto del varón y de la mujer, sino especialmente del hombre, esto es: aborda directamente el misterio del varón y de la mujer, aquello que escapa continuamente al poder del saber y constituye lo no dicho de las ciencias antropológicas. Ontología, es, pues, una reflexión (logos—logía) sobre el hombre considerado como enté (onto) en cuanto al concretizarse en varón y mujer, permanece siempre abierto como un interrogante y un misterio.

La reflexión ontológica no dispone de más datos que las ciencias; ni tiene acceso a un saber que se sustrae a las ciencias. Constituye apenas el esfuerzo del pensamiento de mantener siempre abierto el misterio del varón y de la mujer; se esfuerza para impedir las fosilizaciones científicas sobre el varón y la mujer; intenta recordar al estudioso que no debe jamás terminar el estudio sobre el varón y la mujer, como si ya pudiese encuadrarlos dentro de las mallas de un esquema científico; asume, pues, la incómoda posición de recordar permanentemente: lo más importante del varón y de la mujer es invisible; no es lo dicho sino lo no dicho; no es lo investigado sino aquello que aún falta por investigar. La reflexión ontológica tiene la pretensión de pensar hasta el fin, lo que conocemos pues lo importante no es solamente conocer; nos parece que lo más importante es pensar aquello que conocemos.

Respondiendo a la pregunta inicial —de donde arranca la reflexión ontológica—: ¿cómo debemos entender el conocimiento científico sobre el varón y la mujer? Ahora podemos decir: el conocimiento científico nos informa a cerca de los *modos* concretos cómo el hombre se realiza en el mundo, esto es, como varón y mujer. El revela al hombre, pero no dice quién es el hombre de forma definitiva y total. Esta pregunta está siempre en interrogación. Reflexionar sobre ella es la tarea que se propone la ontología. Esta, en efecto, intenta balbucear, sin entender definitivamente lo que balbucea: el hombre es un ser misterioso que se pierde para dentro del misterio de Dios. El fundamento de semejante balbuceo escapa a las intenciones de este ensayo. Comprendida así, nos parece que la reflexión ontológica conserva su validez en la inteligencia del hombre. Ella no se opone al saber científico, ni posee un saber propio. Intenta pensar lo que está implícito en el conocimiento científico e intenta explicitarlo en un lenguaje que le es propio.

II. — La sexualidad como estructura ontológica del hombre

A partir de una comprensión ontológica observamos que la sexualidad no es una cualidad meramente local y genital del hombre. Por eso no posee solamente una dimensión biológica. Invade todas las capas existenciales del ser humano. Todo lo que el hombre hace, está marcado por la sexualidad, porque lo hace siempre como un ser sexuado. El sexo no es algo que el hombre *tiene* sino que simplemente *es*. En otros términos: el hombre es siempre o varón o mujer. Ser varón y ser mujer son dos modos de ser diferentes en el mundo.

Todo lo que el varón emprende, piensa, proyecta y expresa demuestra su ser varón y su virilidad. De forma igual ocurre con la mujer. Ambos pueden hacer el mismo trabajo mecánico y articular los mismos movimientos: con todo van a hacerlo de modo diferente porque cada uno es diferente del otro. Aún diferentes, se relacionan en una profunda reciprocidad y complementariedad: el varón es para la mujer y la mujer es para el varón.

Con claridad lo intuyó el gran teólogo yavista del A.T. al advertir: “No es bueno que el varón (*hisch*) esté solo. Voy a darle una compañera que le sea varona (*hischá*), esto es, un vis-a-vis de reciprocidad y de complementación y un tú “(adaptado del Gn 2,18). Solamente siendo varón y varona, en la comprensión bíblica, el hombre surge como imagen de Dios”. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Los creó como varón y mujer” (Gn 1,27). Solo siendo varón y mujer es como el hombre es hombre.

¿Qué significa esto? ¿Significa que cada uno tomado en sí mismo, es incompleto y que para ser completo precisa ser completado por el otro? ¿Sería como la cerradura que para ser cerradura completa precisa de la llave? Y la llave para ser completa precisa de una cerradura, porque llave sin cerradura para cerrar no tiene sentido. El modo común de hablar sobre varón y mujer parece sugerirnos semejante comprensión. ¿Pero el modo de ser de las cosas? ¿Cómo hombre-espíritu no posee un modo de ser propio imposible de ser reducible a otros modos de ser, como la cerradura-llave?

A esta diferencia está atenta la reflexión ontológica. Tal vez ella nos impida caer en representaciones ilusorias que, en el fondo, falsean la adecuada comprensión de la realidad varón-mujer y de su recíproca relación, ¿Cómo debemos nosotros representar la reciprocidad varón-mujer? Uno delante del otro, cada uno incompleto y juntos completos? ¿Es como el uno delante del dos, como si fueran realidades separadas o distintas, pero que se abren profundamente una a otra? ¿O será que están uno dentro del otro, de tal forma que el varón tiene dentro de sí mismo a la mujer y la mujer tiene dentro de sí mismo al varón? Si así fuera, se modifica muchísimo la relación varón-mujer. Ella no se establece de fuera para adentro, sino de dentro para afuera. El varón dia-

loga, acoge, se relaciona con la mujer dentro de él y a partir de ahí con la mujer concreta e histórica que encuentra delante de sí. De la misma forma pasaría con la mujer.

En consecuencia con esta comprensión deberíamos entonces afirmar: cada uno es varón y mujer simultáneamente. ¿Esto significa que todos son hermafroditas? No significa que todos son hermafroditas porque cada uno no es de la misma forma varón y mujer simultáneamente. El varón posee a la mujer dentro de sí, pero es varón y no mujer; la mujer posee al varón dentro de sí pero es mujer y no varón. Esto significa que ser varón y ser mujer no son simplemente realidades objetivas, circunstancias física-fisiológica-síquicamente. El varón no agota en su ser concreto la virilidad. Esta se encuentra en la mujer. La mujer no agota en su realidad concreta la feminidad. Esta se realiza también en el varón. Pero ambos se manifiestan en forma diferente: en el varón predomina la virilidad, por eso es varón; en la mujer prevalece la feminidad, por eso es mujer. Por causa de esto, en lugar de afirmar que son mutuamente incompletos, preferimos decir que son relativamente completos. Cada uno posee todo; pero no de la misma forma y en la misma proporción. Por eso ninguno se basta a sí mismo y puede encerrarse en su propia realidad. Por eso es relativamente completo, está dimensionado a la relación, a la reciprocidad y a la complementación con el otro.

¿Qué es entonces ser varón? ¿Qué es ser mujer? Tal vez la introducción de otra categoría ya señalada arriba, nos ayude a comprender mejor el problema: masculinidad y feminidad. Masculino no es sinónimo de varón, porque puede haber masculinidad fuera del varón, esto es, en la mujer. Femenino no es lo mismo que mujer, porque puede existir en el varón. Esta observación nos parece de extrema importancia, pues de ella resultan consecuencias graves para la relación varón-mujer. La identificación masculino-varón y femenino-mujer trajo discriminaciones sin cuenta y una comprensión de las relaciones y de la complementariedad varón-mujer en un sentido exterior, objetivamente y cosificado.

Para aclararnos lo que es ser varón y ser mujer, debemos previamente profundizar lo que es masculinidad y feminidad. Como la masculinidad y la feminidad no son entidades en sí mismas, sino dimensiones del ser-hombre o trazos de la personalidad, debemos considerar ante todo, la estructura fundamental del ser-hombre o de la personalidad.

III. — La estructura fundamental de lo humano.

Lo humano articulado en varón y mujer, se revela dentro de una estructura profundamente dialéctica. El hombre como se nos da a conocer es, por un lado, aquello que las ciencias antropológicas nos describen, por otro lado es también lo que no está descrito ni investigado y

que aún está como posibilidad. El hombre es ser y poder ser. Es lo conocido y lo desconocido. Es lo descifrado y lo misterioso. Hombre es lo claro, lo estudiado, el pensamiento, la palabra, el orden, el sistema. Pero no solo. Es también simultáneamente el silencio que contiene la palabra, lo obscuro del cual brota la luz, el caos donde todo puede surgir, el misterio que siempre puede ser escudriñado, sin perder su carácter de misterio. La unidad dialéctica y difícil de estas dimensiones constituye el hombre en la modalidad de varón y mujer.

El hombre es una identidad que se realiza en múltiples diferencias. El es esencialmente polar y múltiple. Es él y su circunstancia psicológica, sociológica, histórica, religiosa, cultural, interior, exterior, etc. . . Experimentar lo humano, en cualquier nivel, es experimentar la pluralidad sostenida por una identidad fundamental, por eso todas las circunstancias pueden ser relacionadas con el hombre y él no se pierde en ellas, sino que conserva su identidad.

El hombre nunca se encuentra directamente consigo mismo en una identidad perfecta, sino siempre en una diferencia. Se encuentra con la imagen y la idea que se hace de sí mismo: se encuentra con el trabajo y la obra que produce. La identidad siempre se retrae, pero se revela en todo lo que viene de ella. La persona entonces siempre con-vive con su circunstancia, con-piensa con sus representaciones, con-hace con sus obras. Vive permanentemente en una comunidad, la comunidad de la identidad con las diferencias.

La comunidad, en un primer momento, no es algo que se construye, sino algo que se descubre. En un segundo momento ella puede ser construída, en cuanto la identidad acepta con-vivir con las diferencias y no las recalca. El hombre se presenta, pues, esencialmente como comunión y comunidad. La comunidad es el convivir de la identidad con las diferencias. Cuanto más alguien fuera capaz de acoger y de con-vivir con lo diferente y con el otro, tanto más es comunitario y solidario.

La estructura fundamental de lo humano consiste en *y*. Ser él y además lo diferente de él con lo que comulga. Hombre como varón y mujer, hombre y mundo, hombre yo y el no-yo dentro de mi; hombre-yo y tú; hombre y sociedad etc.

En el diálogo con aquello que no es él, el hombre se construye y se enriquece a sí mismo. La capacidad de aceptar, soportar, y comulgar la diferencia constituye el vigor la personalidad humana o de la identidad personal. Esta tarea obliga al hombre a estar constantemente abierto para lo diferente y lo nuevo, a desistarse y arriesgarse. Por eso su estructura fundamental es dialéctica, llena de tensiones y permanentemente amenazada de vulnerarse a sí misma en cuanto puede cerrarse sobre su mundo domesticado y rechazar la diferencia. Su síntesis nunca es una síntesis completa; ser hombre es ser siempre un mundo por hacerse, porque por más que construya, conozca y proyecte nunca llega a agotar la profundidad misteriosa de sí mismo. El hombre es siempre

“ese conocido desconocido”.

IV. — Masculino y femenino como dimensiones diferentes del humano.

A la luz de las reflexiones arriba mencionadas, podemos intentar comprender mejor lo que es lo masculino y lo femenino en el hombre. Lo femenino que existe como dimensión *en cada hombre-varón y en cada hombre-mujer* expresa un polo de obscuridad, de misterio, de profundidad, de noche, de muerte, de interioridad, de tierra, de sentimiento, de receptibilidad, de poder generador, de vitalidad de lo humano.

Lo masculino en el *hombre-varón y mujer* expresa el otro polo de lo humano que es de luz, de sol, de tiempo, de impulso, de poder suscitador, de orden, de exterioridad, de objetividad y razón. Pertenece a la dimensión masculina del hombre-varón y mujer el movimiento para la transformación, para la agresividad, para la trascendencia, la claridad que distingue y separa, la capacidad de ordenar y proyectar para el futuro. Pertenece al trazo femenino del hombre-varón y mujer el reposo, la inmovilidad, la obscuridad que desafía la curiosidad y la búsqueda, la inmanencia y la añoranza del pasado.

Lo femenino constituye la fuente original de la vida; lo masculino, la vida que ha surgido y en evolución; en lo femenino reside el poder de plenitud vital, en lo masculino el poder de organización y dominación; en lo femenino el reposo y la conservación; en lo masculino, la conquista y la adquisición; en lo femenino, el combate defensivo; en lo masculino el combate ofensivo.

Obsérvese atentamente: no se dice que el varón realiza todo lo que significa lo masculino, y la mujer todo lo que expresa lo femenino. Esa identificación de lo masculino con el varón y de lo femenino con la mujer, hasta en la literatura técnica, en psicología, antropología y en general en las ciencias humanas, cortó la posibilidad para una formulación teórica clara del problema y llevó a graves consecuencias sociales. La usurpación de la dimensión masculina por el varón hizo que él se juzgase el único detector de la racionalidad, del mando y de la presencia en la sociedad, relegando para la privacidad y para tareas de dependencia a la mujer, casi siempre considerada apenas como apéndice, objeto de adorno y de satisfacción. La superación de este obstáculo cultural, a veces sostenido hasta teológicamente, como se observa en las actuales discusiones inter-eclesiásticas sobre los nuevos ministerios de las mujeres, es la primera condición para una relación más humana y adecuada entre varón y mujer.

Tarea de cada persona humana, en el horizonte de su condición biológica propia y sexuada, es integrar la masculinidad y la femineidad dentro de su proyecto de ser. El proceso de individualización se instaura en el diálogo entre lo opaco, lo obscuro, lo pasional, las sombras, la vida

profunda y lo misterioso con lo claro, lo racional, lo objetivo, lo organizado, con el principio de orden de la vida humana. Cada uno es todo eso formando el modo dramático de la interioridad humana. Cada uno es llamado a realizar su humanidad masculina y femenina del mejor modo posible.

Pueden darse exageraciones en ambos polos. Alguien puede tematizar desproporcionalmente lo masculino de su personalidad. Se vuelve racionalista, frío, objetivista: es luz, pero sin calor. Como puede también exageradamente desarrollar la feminidad hasta el punto de exasperar lo irracional, lo pasional y lo caótico; es calor, pero sin luz. Solo en la combinación de ambos aparece la vida en su armonía. No porque se disolvieron las tensiones, sino, porque se consiguió una síntesis llena de tensiones que se sustenta, se renueva y se profundiza cada vez más. En todo caminar de personalización entra el diálogo de estas dos dimensiones. En caso contrario resulta un hombre afeminado o una mujer masculinizada, machismo y feminismo, violencia o excesiva fragilidad.

Masculino y femenino no son en primer lugar, propiedades biológicas, características, fisiológicas de los sexos (ellas también, culturalmente serán identificadas así) sino trazos profundos y dimensiones ontológicas de cada persona humana.

V. — Manifestaciones culturales diferentes del masculino y femenino

Los grupos humanos historificaron y corporificaron de forma muy variada el aspecto masculino y femenino de su humanidad. En nuestra sociedad occidental lo masculino prevaleció en el varón hasta tal punto que hombre fue sinónimo de varón. Todo lo que es masculino encontró en él una densificación tal que inauguró una verdadera cultura patriarcal del logos, de la razón, del poder y de la dominación. La feminidad está presente pero opacada. Todos los valores de organización, de actuación histórico-cultural, aún dentro de la religión cristiana, están marcados por el horizonte del pre-dominio de lo masculino.

Hubo una época en la historia de la humanidad en que lo femenino conoció su más densa articulación cultural, en el matriarcado, encontrando en la mujer su camino de expresión. Históricamente, no ontológicamente, mujer fué sinónimo de femenino.

La identificación de lo femenino con la mujer y de lo masculino con el varón es cultural. Con dos modos de ser en relación a la propia persona, ellos son más maleables: todo lo que es masculino puede manifestarse y hasta predominar en la mujer y todo lo que es femenino puede realizarse y tematizarse en el varón.

Los estudios de M. Mead lo han demostrado maravillosamente: lo masculino y femenino se combina diferentemente en el varón y en la mujer, por ejemplo, en las tres tribus primitivas de Nueva Guinea, geográficamente vecinas.

— En los Arapesh, el temperamento de los varones y de las mujeres son moldeados según un mismo modelo, que a nuestro modo podemos calificar de femenino y maternal, pero no vivíl.

— Los Mundgomor, se sitúan en el extremo opuesto y, no siendo en ellos el sexo biológico la base de las diferencias de temperamento, indistintamente hombres y mujeres son masculinos, viriles, ignorando aquella dulzura que nosotros creemos ser parte inalienable de la feminidad.

En los Tchambuli, las mujeres son robustas, prácticas; tienen el sentido de organización, son sexualmente agresivas. Los hombres son pasivos, emotivos, simpáticos, gustan de largas conversaciones y su ocupación preferida es de orden artístico: bailes y pinturas. Se hieren fácilmente y sufren el despecho como los que se sienten débiles y aislados. La supremacía es decididamente de las mujeres.

— Una tribu de las Filipinas piensa que el hombre es incapaz de guardar un secreto. Los Manus dicen que solo los hombres gustan de jugar con los niños. Los Todas creen que el trabajo doméstico es sagrado en demasía para ser confiado a las mujeres. Los Arapesh suponen que la mujer tiene una cabeza más fuerte que la del hombre.

Estos ejemplos demuestran cómo lo masculino y lo femenino independientemente de la sexualidad biológica, se historicaron más unas veces en el varón, y otras veces más en la mujer. En nuestra cultura la feminidad se expresó temáticamente en la mujer: mediante sus relaciones con la mujer el varón entra en un mundo misterioso que lo fascina y lo turba. Hablando en términos de la mitología occidental: “la claridad de la esfera solar masculina no llega a comprender el misterio del reino lunar femenino”. La relación inversa es de la misma forma verdadera.

En verdad, la mujer en la cultura occidental explicita y exterioriza en el mundo aquello que está implícito e interiorizado en el varón: encontrándose con la mujer el varón se encuentra con una profundidad de sí mismo. La mujer encuentra realizado y tematizado en el varón el trazo masculino de su propia personalidad. Con profunda intuición enseñó C.G. Jung que cada varón posee dentro de sí a su *Anima* y cada mujer contiene dentro de sí a su *Animus*. El varón vive en la mujer su inconsciente que es femenino; la mujer vive en el varón su inconsciente que es masculino. La integración de lo masculino y femenino, a partir de la propia sique humana y en contacto con las corporificaciones culturales de los mismos en el varón y en la mujer, constituyen el desafío de la vocación integralmente humana.

Los estudios de antropología a partir de la psicología de las profundidades, especialmente realizados por Erich Neuman, han demostrado, mediante el análisis minucioso de los grandes mitos, el carácter ambivalente de la dimensión masculino-femenino. Lo femenino encarnado en la mujer puede ser para el hombre madre y amante, hermana e hija, esclava y reina, santa y diabólica, ángel y bruja, mística y vidente, compañera y enemiga; puede ser símbolo diurno y nocturno, de reali-

dad y de sueño, de cielo y de tierra. Bien decía Simone de Beauvoir: “el hombre busca en la mujer la Naturaleza, con sus fuerzas fecundas y sus elementos tenebrosos y destructivos”. Lo femenino para el varón puede resultar un influjo de fuerzas positivas y benignas que le abrirá el camino hacia horizontes insospechados o influjo de fuerzas negativas y perjudiciales que lo convertirán en esclavo.

Las mitologías que conservan la sabiduría de las realidades profundas de lo humano refieren siempre esta dualidad sea del masculino sea de lo femenino. La cara positiva de la Magna Mater es representada por Isis, Demeter, María. La cara negativa por Gorgo, Hecate y Kali. Lo femenino que da, eleva, transforma, introduce en la visión de lo insospechado e inicia en el misterio es representado por Venus, Uránica, Sofía y María. Lo femenino que seduce, que se clava, que ciega y enloquece viene corporificado por la Venus Ctónica, Circe, Astarté Lilith.

La concientización por parte de las mujeres llevada a efecto en los últimos decenios acerca de su situación de dependencia en una civilización eminentemente patriarcal, y de las transformaciones sociales en la relación entre los sexos deja entrever los albores de un cambio en el eje cultural de la humanidad.

Se esboza la emergencia de un nuevo tipo de manifestación de lo femenino y de lo masculino en el cual varón y mujer se comprenderán en el horizonte de una profunda igualdad personal, de origen y de destino, de tarea y compromiso en la construcción de una sociedad más fraterna y menos dominadora, más democrática y menos discriminadora.

VI. — El mito como lenguaje de lo masculino y femenino.

Quizás parezca extraño que en un fragmento de ensayo ontológico sobre lo masculino y femenino renunciemos al lenguaje abstracto y disecado de la ontología para caer en el mito. En efecto, las últimas reflexiones insinuaron un horizonte donde se sitúa lo masculino y femenino, para más allá de las determinaciones biológicas, que solamente el lenguaje figurado y representativo del mito puede adecuadamente traducir, Paul Ricoer notaba: “la sexualidad en su fondo permanece quizá impermeable a la reflexión e inaccesible al dominio humano; quizás sea esta oscuridad la que hace. . . con que ella no pueda ser reabsorbida ni en una ética, ni en una técnica, pero solamente representada simbólicamente, debido a lo mítico que hay en nosotros” (*A Maravilha, o desca-minho, o enigma*; en Paz e Terran. 5,36).

Lo mítico en nosotros no es una categoría del pasado histórico del hombre; es una categoría de su presente síquico. La humanidad primitiva: la era matriarcal o patriarcal no son apenas grandezas arqueológicas de los tiempos históricos, sino realidades síquicas de nuestra arqueología interior aún vivas y actuantes hoy en día, como nos lo atesti-

guan los sicoanalistas. La realización personal y la salud humana dependen muchísimo del modo cómo nos relacionamos con estas realidades y cómo el consciente reacciona ante los contenidos de su inconsciente, sea acogiéndolos e integrándolos, sea enemistándose con ellos y aplastándolos.

El universo masculino y femenino radicado en las profundidades de la personalidad humana, no es accesible a la simplicidad de la razón discursiva pero sí a la exégesis sabia de los viejos mitos. En su lenguaje figurativo y representativo expresan mejor la riqueza del misterio humano concretizado en el varón y mujer que el discurso conceptual, que siempre procede por de-finiciones, limitaciones y cortes epistemológicos de la realidad.

Así la unidad polar de lo masculino-femenino en cada hombre-varón u hombre-mujer viene representada en casi todas las antiguas mitologías y cosmogonías religiosas. El pensamiento chino representaba lo femenino y lo masculino como un círculo compuesto de dos partes iguales de luz y de sombra (Yang-Yn); las civilizaciones babilónicas y egipcias por el carácter hermafrodita y toda la realidad, originada de un mismo principio simultáneamente masculino y femenino, Ishtar: el caos, la tierra y la noche son referidos al principio femenino; el orden, el día y el aire cercanos al principio masculino. Platón en el Simposio, narra el mito del nacimiento del varón y de la mujer: En los orígenes Zeus creó seres andrógenos, con dos rostros, cuatro orejas, cuatro manos, dos sexos; como con su fuerza quisieran medirse con los dioses, Zeus los cortó en dos, "como se divide una fruta o un huevo con una crin de caballo"; separados, lo masculino y lo femenino buscan insaciablemente reencontrar la unidad primitiva a través del Eros y así vencer la mútua incomplementariedad. Hay un dicho (midrash) hebreo que dice: originalmente el varón y la mujer tenían un solo cuerpo, pero dos rostros; Dios los separó, dando a cada uno las espaldas, pero ellos buscan, por una fuerza innata, ser nuevamente una sola carne: el Génesis 1,27 representa la humanidad una y única como varón y mujer. La idea de la unidad plural y polar de cada hombre como masculino y femenino es tan vieja como la propia hominización. Los estudios de la sicología y los complejos de C.G. Jung y de su escuela viene a confirmar la verdad de los antiguos mitos.

La verdad representada pintorescamente en estos mitos es la misma encontrada por la ontología: el hombre es siempre masculino y femenino; él no es simple como los dioses; en él hay una unidad plural y una identidad que se realiza continuamente en diferencias, en un continuo proceso que va de la identidad a la diferencia y de la diferencia a la identidad. Lo masculino y lo femenino en cada varón y mujer dan cuenta de esa unidad dual del ser humano.

Los datos de la biología humana vienen a confirmar esta intuición de los mitos y traen la verificación de la visión ontológica. En efecto, en

los primeros momentos de la concepción la vida, ahí ya formada, no presenta ninguna determinación sexual definida en términos de varón o de mujer. Después las diferenciaciones se manifiestan en el cigoto. Esto y, posteriormente, toda la célula humana cuenta con 23 pares de cromosomas de los cuales 22 son idénticos en el varón y en la mujer. El vigésimo tercer par es diferencial: la célula de la mujer consiste en dos cromosomas X; la del varón en un cromosoma X y otro Y. En esta profunda unidad se inaugura, por tanto, una diferencia. Como nos enseña la biología, los cromosomas contienen los genes que llevan las características hereditarias. Esta pequeña diferencia de cromosomas, por ínfima que parezca, determina, con todo, la pertenencia sexual sea como mujer sea como varón, con las diversas composiciones atómicas implicadas, los procesos fisiológicos y las funciones bioquímicas del individuo.

¿Qué es, en su última radicalidad, lo femenino y lo masculino? No sabemos. Es un misterio desafiador. Lo que sabemos es aquello que se mostró concretizado culturalmente en la historia de la hominización, que sobrevive actuante en el inmenso receptáculo de las experiencias buenas o malas sucedidas en la humanidad, esto es: en el inconsciente personal y colectivo y aquello que hoy se revela en nuestra sociedad. Estas formas existentes no agotan, así podemos creer, las posibilidades y virtualidades del masculino y femenino. La historia no es repetidora ni repristinadora, sino creadora y hacedora de lo aún-no experimentado.

Lo masculino y lo femenino se abren así para la dimensión oscura del futuro, cuyas corporificaciones podemos, quién sabe, entrever, pero que escapan a nuestra manipulación. Necesitamos, sin embargo, preparar su ad-venimiento y así siempre anticiparlo.

VII. — Importancia de la visión ontológica de lo masculino y femenino para las relaciones futuras entre varón y mujer

A despecho de los mecanismos de regresión y repetición, se nota en toda la sociedad una ascensión cualitativa y cuantitativa de la mujer. Su base amplia, asentada en la enseñanza, está llegando lentamente a la cúpula social con mayor participación en el poder de decisiones y en la asunción de responsabilidades colectivas. Tareas tenidas como privilegios del varón se atribuyen cada día más a las mujeres. Tales hechos son figurativos del cambio en el eje cultural que se está operando, en el cual se ensaya una nueva relación varón-mujer articulado en la libertad, en el valor de la personalidad, en el respeto y acatamiento a las diferencias como expresión de una misma igualdad fundamental. Con esto, se ensancha el registro de las posibilidades de autorrealización personal, de la valorización de la admiración mútuas. La superación lenta del régimen de dominación de uno sobre el otro, crea la oportunidad de un real y personalizante cambio de dones, en la franca descubierta de la autoridad, acogida como riqueza que se hace tanto más rica cuanto más se

autodona.

La exploración científica llevada a efecto por la sicología de las profundidades acerca de la vida afectiva del hombre bien como las pesquisas antropológicas que a partir de ahí se hicieron, revolucionaron la idea que el hombre se hacía de sí mismo. El concientizó realidades de su ser que la cultura había encubierto. Llegó a comprender que el sexo no se agota en un genitalismo exacerbado por la explotación de una sociedad de consumo, pues varón y mujer solo serán verdaderamente tales si realizaren en sí mismos, armoniosamente, las dos maneras fundamentales de ser que es masculino y femenino. Ambos tendrán que liberarse recíprocamente de los modelos que los mantenían en la relación dominador-dominado. La mujer solo logrará su verdadera identidad y liberación si el varón se da cuenta de su propia deformación cultural y reinventa, a partir de la profundidad masculino-femenino, su relación adecuada con lo femenino dentro de sí y con la mujer que lo corporifica en el mundo. La mujer, a su vez, deberá empeñarse en extraer de sí misma las imágenes arcaicas de su imaginación que le fueron introducidas en los siglos de dominio patriarcal y que, interiormente, la mantenía en la dependencia aceptada y consentida. En igualdad con el varón deberá asumir un papel cultural de extrema relevancia en la sociedad nueva que está siendo gestada. De ahí que es de valor urgente y denso la reflexión ontológica del masculino-femenino.

VIII. — Importancia teológica de lo femenino-masculino.

Dios es conocido en la mediación del hombre, imagen y semejanza de Dios historizado en varón y mujer (Gn 1,27). De ahí podemos, con razón, decir que solamente lo conocemos de forma realmente humana y completa si lo miramos en la perspectiva de lo masculino-femenino. Cada cual expresa valores y abre horizontes que de otra forma no serían descubiertos ni abiertos. Dios está más allá de lo masculino y femenino, pues estos son modos de ser del hombre y no de Dios. Con todo El se reveló asumiendo la simbología de lo masculino y femenino. Esposo es un nombre que Dios se da (Is, 54,5); El puede decir con infinita ternura a su esposa, el pueblo de Israel: "con amor eterno te amé; por esto te conservé mi cariño" (Jr 31,3). Dios y Cristo son personificados en la temática femenina de la sabiduría (Prv 8,22-26; Si 24,9; ICr 24,30), igualmente como una madre que consuela (Is 66,13), madre incapaz de olvidarse del hijo de sus entrañas (Is 49,15; Sal 25,6 y 116,5): así quiere Jesús, como una madre, reunir los hijos de Jerusalén (Lc 13,34). En el gesto típico de la magna mater, será El quien enjugará toda lágrima de nuestros ojos, cuando venga en el advenio definitivo y plenificador (Apc 21,4).

En el NT aparece elaborada la temática del Cristo Esposo que salva y santifica a la esposa, la Iglesia (Ef 5,23-27). Ella no es ya esposa

esclava sino esposa libre, la Jerusalén de lo alto (Gal 4,22-27; Apc 21,2-9) que celebra bodas eternas con el Esposo (Apc 19,7ss;22,17). La significación teológica de estas imágenes es análoga a aquella de lo masculino y femenino: solamente en estos modos diferentes de ser el mismo hombre se comunica la perfecta revelación de Dios en el mundo.

De esto resulta que el varón es para la mujer y esta para el varón un sacramento revelador de aspectos de Dios que solo en esta diversidad pueden ser conocidos y amados.

Además, la reciprocidad y la unidad en la diferencia de lo masculino-femenino viene a recordar que nadie se basta a sí mismo, ni vive para sí mismo; el varón está abierto a una trascendencia que le permite el encuentro realizador con la mujer y esta con el varón. Juntos forman una unidad dual que a su vez no se sacia en sí mismo; el placer, el eros, el amor, el encuentro y la fusión son también figurativos: ellos meditan y hacen participar de una plenitud ansiada por ambos, pero aún no totalmente presente. El varón y la mujer solo se personalizan radicalmente si juntos profundizan en el misterio que es mayor que su amor y si se abren para el Absoluto y tienen la valentía de acogerlo en su existencia. De la capacidad de mirar juntos hacia esta dirección de Dios, para usar una expresión de A. de Saint Exupéry, depende la integración de lo masculino y femenino siempre amenazado por lo demoníaco del Eros o por la rigidez de las reglas de control de la cultura. A partir de este Absoluto que se anuncia en el corazón del dinamismo femenino-masculino, se puede entender el proyecto de la vida religiosa que coloca la búsqueda insaciable y angustiante de Dios como el eje de su existencia. El voto de castidad no surge de una ausencia de amor, sino de su superabundancia y de su radicalidad. En este sentido y en la medida de su fidelidad él se convierte en sacramento de lo que será la vida en el Reino, donde Dios será todo en todas las cosas (ICo 15,28). Entonces lo masculino y femenino encontrarán su radical y última significación.